

Hacia un Directorio para la construcción de las Iglesias

Valentín Arteta Luzuriaga, S. J.

(De "Hechos y Dichos".)

No tratamos aquí de la Iglesia como Reino de Dios, como Cuerpo Místico de Cristo, sino de la iglesia—con minúscula—como edificio. Pero esta construcción material no puede prescindir del contenido espiritual y simbólico que se encierra dentro de la materialidad de sus paredes.

"El verdadero templo de Dios es el Cuerpo de Cristo, porque en El habita la plenitud de la divinidad. El verdadero lugar de la presencia de Dios es la reunión de los fieles cristianos."

Alrededor de esta realidad fundamental, giraron todas las reflexiones que oímos en Versalles los 500 participantes en la Sesión del Centro de Pastoral Litúrgica del París, sobre la construcción de las iglesias, como edificio y lugar de la celebración litúrgica.

El P. Louvel, O. P., nos demostró que nuestras iglesias "tienen un papel funcional respecto de la asamblea, de la que depende el tamaño de un templo y la manera de construirlo. Nuestras iglesias tienen por fin reunir al pueblo de Dios; nacen de la necesidad de reunirlos, y están al servicio de la comunidad o asamblea".

Y, sin embargo, no hay que considerar solamente su carácter y aspecto funcional (materiales), añadió el P. Gelineau, S. J. "Una iglesia puramente funcional, que no sirviera a otra más alta función que la material o puramente humana, quiere decir, sería una mala iglesia; además, debe hacer aparecer el misterio de la Iglesia y de la Jerusalén celeste, descendida a la tierra (Apoc. 21, 12). Los misterios no se revelan sino a través de los objetos que los significan: la piedra, el vino, el pan, el agua, el aceite... Cada parte del santuario, por tanto, no sólo deberá responder a la necesidad práctica, sino también significar el misterio. Así el altar no será solamente la mesa del banquete, sino también la piedra del sacrificio, la escala de Jacob, Cristo mismo. Si este principio está bien aplicado, le será más fácil al pastor partir del mismo santuario para hacer la pedagogía de la Iglesia."

El fin de la sesión parecía a ojos vistas elaborar un programa general de construcción, en el que el arquitecto y el sacerdote podrán inspirarse antes de tomar partido en la construcción de una iglesia.

Más aún, me atrevería a decir que el equipo de especialistas (canonistas, rubricistas, teólogos, músicos, historiadores, liturgistas...) del C.P.L., que redactó el plan de los temas, y los mismos conferenciantes parecían preocupados en elaborar las directrices y normas para una especie de Directorio para la construcción de las iglesias. Sería muy oportuno después del "Directorio para la Pastoral de los Sacramentos" (1951) y "de la Misa" (1956). Ya les había precedido el episcopado alemán. En 1949 el Dr. Klausner, profesor de la Universidad de Bonn, encargado por la "comisión litúrgica", publicaba unas directrices para la construcción de las iglesias, después de las respuestas de todos los obispos de Alemania a un cuestionario que les fué enviado. El documento definitivo—muy oportunamente en aquellos años de reconstrucción de iglesias—fué adoptado oficialmente por el episcopado alemán. Los lectores pueden leer el documento en su totalidad en un libro de Theodor Klausner, titulado *Pequeña historia de la liturgia occidental* (Editions du Cerf, París, 1956).

La sesión de Versalles estudió "el lugar de la celebración" no precisamente con preocupación estética, sino principalmente litúrgica y pastoral. Pero en la práctica no pudo prescindir de la orientación artística; no se habló directamente de arte sacro, pero sí de las normas litúrgicas para construir una iglesia, la cual, por ser la envoltura y vestido para arropar las celebraciones litúrgicas, no puede prescindir del arte ni de la belleza, y necesariamente ha de ser bella y artística.

El programa para la construcción de las iglesias se ha elaborado en Versalles según este principio:

Las personas y el encuentro de ella son los que determinan el sitio y la forma de

las cosas. Toda la iglesia debe hacerse en función del papel que deben desempeñar los diversos elementos de la asamblea del culto cristiano: presidente, ministros y ministrantes, lectores, comentador, *schola*, pueblo. Estas personas y su encuentro en el desarrollo de la liturgia plantean al arquitecto problemas diversos. La asamblea litúrgica es un cuerpo orgánico que engendra un espacio orgánico en la liturgia, articulado sobre dos polos: santuario y nave. Y dentro del mismo santuario diversas son las exigencias del culto. La Liturgia de la Palabra de Dios, el oficio de alabanza, el sacrificio eucarístico plantean sus problemas especiales: de una manera se coloca el público para oír una conferencia, para comer alrededor de una mesa, para cantar juntos. Y todo esto van a hacer los fieles en la misa, que "es el punto culminante y como el centro de la Liturgia del Sacrificio, pero no lo es de la Liturgia de la Palabra, como se ve en la misa pontifical.

Resumiendo orgánicamente lo oído en la sesión de Versalles, llegaríamos a la redacción de un esquema del programa para construir iglesias:

1

QUE ES UNA IGLESIA

Una iglesia es un edificio donde se reúne la comunidad de los fieles. Es el lugar del pueblo de Dios reunido; y precisamente por el pueblo reunido se hace templo de Dios, sitio de una presencia especial de Dios, independientemente de la reserva eucarística.

2

QUE ES LO ESENCIAL EN LAS IGLESIAS

En su organización interna la Iglesia es un cuerpo jerárquico, compuesto de cabeza y miembros. El canon, después de la consagración, nos da estos dos elementos claramente diferenciados: *nos servi tui et plebs tua sancta*, nosotros tus siervos (el sacerdocio, colegialmente entendido) y el pueblo santo de Dios. Esta estructuración del culto alrededor de dos polos determina la implantación general del espacio litúrgico: *el santuario* para el sacerdote, *la nave* para el pueblo. La estructura fundamental de la iglesia se deriva de las personas que actúan en la acción litúrgica:

a *El santuario*.—Lugar del misterio, es el espacio del celebrante y sus ministros. El celebrante preside; por tanto, visual y espacialmente se debe dar realce y preferencia al celebrante.

b *El altar*.—Es el centro sacrificial de la asamblea, entre el sacerdote y el pueblo, el lugar natural entre el presbiterio y los fieles. Por eso hoy se tiende a colocar el altar mayor a la vista, no al fondo de la nave, sino en el crucero del transepto. Su forma es de mesa o de tumba. Puede llevar baldaquino o ciborio; en teoría, debe llevarlo (otros ponen una corona colgada sobre él).

El altar no tiene sólo un fin funcional (humano, práctico material), sino que representa a Cristo. Más aún, es Cristo según el Pontifical Romano en el orden del subdiaconado: Cristo piedra angular. *Petra autem erat Christus* (1 Cor. 10, 4). Por eso debe ser siempre de piedra y consagrado.

El altar, lugar del sacrificio y Cristo mismo, no debe tener sobre sí más que aquello que es necesario para el sacrificio. Esta norma nos viene dada por la rúbrica de que el subdiácono retira la patena y sólo la deja sobre el altar para la ofrenda y para la fracción.

El lugar preeminente que ocupa el altar en la celebración y su simbolismo exigen los mejores cuidados en su construcción y en su emplazamiento. Es hora ya de desterrar esa idea de que el altar es un mueble, una consola con gradas, en que se exponen toda suerte de cosas: jarrones, flores, artificiales con frecuencia, una colección variada de candeleros y candelabros, falsas velas, ángeles adoradores, manteles con encajes..., toda esa serie de objetos que hacen desaparecer, bajo un amasijo, la piedra del sacrificio, reducida frecuentemente a un simple rectángulo invisible en una masa de madera, de cemento o de otro material, que no son propiamente el altar, sino su soporte.

c *Proclamación de la Palabra de Dios*.—Se debe ver y oír al que la proclama; por eso se coloca en alto, en el ambon o en un estrado. Que toda palabra que sale del santuario y se dirige a los fieles les llegue a través del ministro y como palabra personal. Hoy el púlpito es menos necesario por la sonorización de micrófonos y altavoces.

d *El comentador*.—No es un lector ni predicador; hay que prever para él un lugar fijo, tal vez en el presantuario, entre el santuario y la nave.

e La nave.—Debe adaptarse a la asamblea que se reúne, grande o pequeña, de domingo o de entre semana, de tal número de plazas (sentados, en pie...). Y que no se note el vacío.

El pueblo tiene necesidad de participar en la celebración, se reúne para rezar y alabar al Señor en común, para ofrecer sacrificio y comulgar. Por eso:

ha de oír la Palabra de Dios y su comentario;

ha de poder evolucionar procesionalmente, en las ofrendas, si las hay, y sobre todo al ir a comulgar;

tiene necesidad de una *schola*, que debe estar cerca del santuario;

la iconografía ha de servirle para recordar que la comunidad está en comunicación con el cielo. No debe caer en desuso la práctica de los primitivos siglos de decorar especialmente el baptisterio (el ritual manda que se pinte en él el bautismo de Jesús en el Jordán) y el cementerio, lugares del comienzo y del fin de la Pasqua del cristiano;

el baptisterio debe distinguirse en la arquitectura general, como una parte distinta de la iglesia;

el tabernáculo debe estar fijo en el altar del Santísimo Sacramento. Se ha de procurar separar, en lo posible, el espacio destinado a la celebración eucarística del reservado a la adoración del Santísimo Sacramento. Según *la consecuencia V de las directrices del episcopado alemán*, antes citadas, sería falso repartir los volúmenes de la iglesia en función no del sacrificio eucarístico, sino del culto de la presencia de Cristo en la Eucaristía. El P. Roguet recordó el principio de Dom Beaudouin, iniciador del movimiento litúrgico en septiembre de 1909: "No se reserva para adorar, sino porque se ha reservado, se adora";

hay que cuidar las puertas y accesos al templo. El ideal es que los fieles atraviesen, para entrar en la iglesia, una zona de recogimiento, como un jardín o un atrio. El P. Gelineau clamó contra esos tenderetes de libros y velas, carteles, etc..., que deben quedar en el pórtico y no

dentro de la iglesia, como sucede en Francia. "Hoy—añadió—habría que prever algún sitio para los catecúmenos adultos, en este mundo paganizado y laicizado."

3

COMO DISPONER Y ARREGLAR UNA IGLESIA

Se afirmó que hoy están mal dispuestas. El párroco no es el propietario de la Parroquia; toda reforma y arreglo hay que hacerla según las necesidades de la comunidad, desde el punto de vista litúrgico, pastoral y artístico, y a partir del altar mayor.

Nuestras iglesias no son museos, lo que no quiere decir que no puedan guardar tesoros del pasado.

Nuestras iglesias no son templos fríos. Nuestras iglesias son casa de Dios y del pueblo de Dios.

4

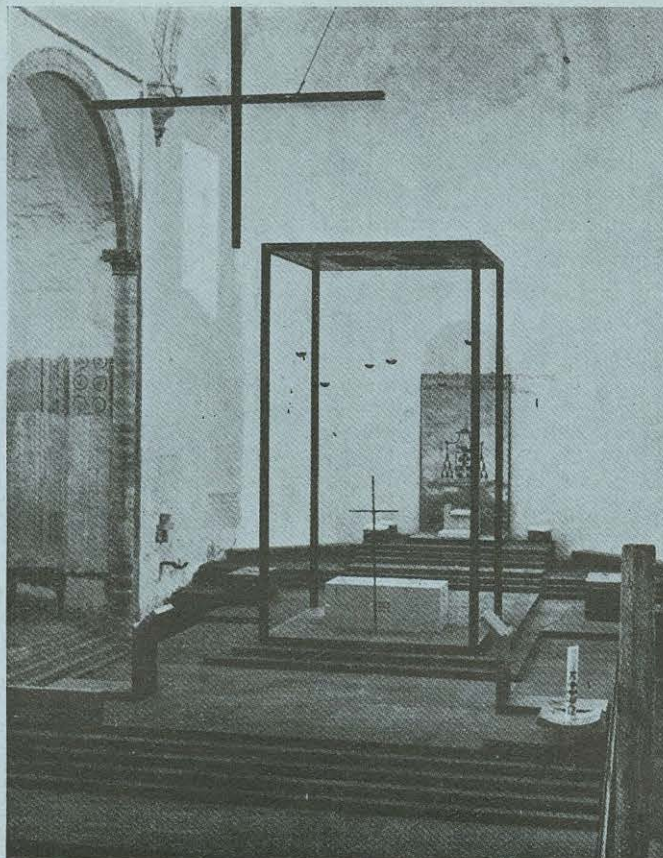
COMO CONSTRUIR UNA IGLESIA

El párroco y el arquitecto no construyen su iglesia, construyen la iglesia de la parroquia. Construir una iglesia no es trabajar para el futuro y para la gloria humana, sino construir la parroquia de hoy y del mañana, la iglesia de siempre.

El sacerdote ha de saber dialogar, en primer lugar, con el pueblo; en segundo lugar, y principalmente, con el arquitecto, sobre el *programa general* (qué es una iglesia) sobre el *programa particular* (de tal comunidad) y sobre el *programa espiritual* (hacer del edificio un lugar sagrado, de oración).

Una vez estudiado y trazado el triple programa, hay que dejar al arquitecto expresar en la materia la inspiración espiritual que le sugiera el programa.

La participación de los arquitectos en la sesión fué de gran importancia no sólo por el número—participaron unos quince—, sino porque se vió muy vivo su sentido de responsabilidad profesional. Como observó uno de ellos, es el arquitecto el que, una vez establecido el programa, se va a ver solo delante de sus croquis y notas para hacer la iglesia. De su realización dependerán las costumbres o hábitos litúrgicos de varias generaciones de cristianos. Tal responsabilidad debería hacer escoger al construir de una iglesia, con la mayor prudencia. No hay que



El Santuario de la Catedral de Cuernavaca (Méjico), restaurado por su obispo, monseñor Méndez Arceo, conforme a las normas litúrgicas. El eje cátedra-altar está bien destacado. La Cátedra del obispo resalta visiblemente en el centro, detrás del altar. En ella se sienta y predica el obispo; a los lados, el clero. El centro es el altar de piedra, único en la Catedral, con su baldaquino de bronce; a los lados, los ambores para la proclamación de la palabra de Dios miran hacia el centro, porque la Escritura se proclama para todos, obispo, clero y fieles. Al bajar las gradas del presbiterio o santuario, está el presantuario, donde se coloca el comendador para dirigir las ceremonias y celebraciones.

escoger a un arquitecto porque es un buen cristiano, o porque es del mismo país, o porque es un buen feligrés, o bienhechor, ni porque tenga títulos, o sea pariente de eclesiásticos. He aquí el criterio para la elección: la calidad y la honradez profesional del arquitecto. Es mal arquitecto el que trabaja para la gloria humana y concibe el trabajo común sin amor. El arquitecto—dijo Pinsard, constructor de la Basílica San Pío X, de Lourdes, y de la también subterránea de Ars—espera del sacerdote "que nos comprendan, que haya un diálogo". Pero también el sacerdote pide al arquitecto que sea capaz de dialogar sobre el programa espiritual y de comprender el simbolismo. Entonces habrá la vibración y tensión de alma que requiere toda obra de arte, y en mayor grado y jerarquía la obra de Arte Sacro.

UN EJEMPLO

Nos vino de Méjico. Después de la conferencia del P. Gelineau sobre la disposición del santuario, se acercó a él monseñor Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca, con una pastoral y unas fotos para decirle que todo lo que había dicho ya lo había realizado él en su catedral. El acababa de realizar en ella unas obras de reacondicionamiento y había escrito, para instruir a los fieles, una exhortación pastoral. La reforma ha seguido el eje altar-cátedra, los dos ob-

jetos principales de la Santa Iglesia Catedral. Para ello retiró todos los retablos, que no eran de ningún valor artístico ni histórico, y colocó un único altar de piedra en el centro del presbiterio, cubierto de un ciborio sencillo de bronce, del que cuelgan siete lámparas, que representan los dones del Espíritu Santo, así como el altar representa a Cristo y las manos que decoran la cara baja del palio, diríamos, del ciborio al Padre. La cátedra episcopal, con las armas del obispo, queda detrás del altar, visible y en el centro; delante de él, a los lados, los ambores para la proclamación de la escritura, con los nombres de los evangelistas y apóstoles que escribieron las epístolas; delante, el presantuario para el comentador. El baptisterio y los confesionarios en la puerta de la iglesia, para significar que hay que pasar por los sacramentos de la purificación antes de llegar a la eucaristía. El órgano y el coro va a ir en la parte izquierda del transepto. No quedará en el presbiterio más que la imagen de la Virgen; la Eucaristía se reservará en una capilla lateral.

Cuando monseñor Méndez proyectó las diapositivas de las reformas realizadas en su catedral, escuchó la más sonora ovación del Congreso, porque eran una aplicación de los principios que se iban defendiendo en Versailles.